

jes multicolores que cubrían la arena como un lindo ramillete, aquellas telas brillantes, aquellas vistosas sombrillas, la gracia ficticia de los talles aprisionados, las ingeniosas invenciones de la moda, desde el calzado diminuto hasta el sombrero extravagante, la seducción del gesto, de la voz y de la sonrisa, la coquetería, en una palabra, ostentada en la playa, le parecía una inmensa florescencia de la perversidad femenina. Todas aquellas mujeres engalanadas querían gustar, seducir, ofuscar á alguno. Se embellecían para los hombres, para todos los hombres, menos para el marido, á quien no necesitaban conquistar. Se embellecían para el amante de hoy y para el amante de mañana, para el desconocido, encontrado, buscado, quizás esperado.

Y aquellos hombres estaban sentados á su lado, mirándolas de hito en hito, hablándolas al oído, llamándo-

las, deseándolas, persiguiéndolas como una caza fácil de escapar, aunque pareciera lo contrario; aquella gran playa no era más que un mercado de amor donde las unas se vendían, las otras se entregaban, estas regateaban sus caricias y aquellas se ofrecían. Todas aquellas mujeres pensaban en lo mismo, ofrecer y hacer desear su carne, ya entregada, ya vendida, ya prometida á otros hombres. Y pensó que en todo el mundo sucedía lo mismo.

¡Su madre había hecho lo que las otras y nada más! ¿Lo que las otras?... ¡No! Había excepciones y muchas, muchas. Las que allí veía, ricas, viciosas ó cortesanas, pertenecían en suma á la galantería elegante y del gran mundo, ó á la galantería tarifada, porque en aquellas playas no se veía el pueblo de las mujeres honradas que viven encerradas en sus casas.

La marea subía empujando poco á poco hacia la población las primeras

filas de bañistas. Los grupos se levantaban y huían vivamente llevándose las sillas, ante la ola amarilla festonada de una línea de espuma. Las casetas de ruedas tiradas por un caballo se retiraban también, y en las galerías del paseo que se extiende de un lado á otro de la playa se establecían dos corrientes opuestas de personas elegantes que se apiñaban y se codeaban. Pedro, nervioso, exasperado por la concurrencia, huyó entrando en el pueblo, y se detuvo para almorzar en una tienda de vinos, á la entrada del campo.

Después de tomar café, se tendió en dos sillas delante de la puerta, y como la noche anterior no había dormido, se durmió á la sombra de un tilo.

Después de descansar algunas horas despertó, y viendo que ya era la de emprender la vuelta para alcanzar el vapor, echó á andar, con el cuerpo dolorido por la postura en que

había dormido. Sentía impaciencia por llegar, deseando saber si su madre habría encontrado el retrato de Marechal. ¿Hablaria de él la primera ó tendría que preguntarla? Si esperaba una nueva pregunta, era seguro que tenía una razón secreta para ocultar aquel retrato.

Cuando llegó á su cuarto dudó si bajar á comer. Sufrió demasiado. Su corazón no había tenido tiempo para tranquilizarse; sin embargo, se decidió á presentarse en el comedor cuando su familia iba á sentarse á la mesa.

Todos estaban contentos.

—¿Qué tal van esas compras?—dijo Roland.—Yo no quiero ver nada hasta que todo esté instalado.

—Van bien—contestó su mujer.—Pero hay que pensarlo despacio para no hacer una tontería. La cuestión de mobiliario nos preocupa mucho.

Había pasado el día con Juan recorriendo tiendas de tapiceros y alma-

cenos de muebles. Quería telas ricas, un poco ostentosas, que llamaran la atención. Su hijo, por el contrario, deseaba algo sencillo y distinguido; y al ver cada una de las muestras que les presentaban, repetían una y otros sus argumentos. Ella decía que el cliente, el litigante, necesita ser impresionado y experimentar la emoción de la riqueza.

Juan, por el contrario, deseando no atraer más que la clientela elegante y opulenta, quería conquistar á la gente fina con su gusto modesto y distinguido.

La discusión, que había durado todo el día, se reanudó durante la comida.

Roland no tenía opinión, y se limitaba á repetir:

—Yo no quiero oír hablar de nada. Iré á verlo cuando todo esté arreglado.

Su mujer apeló al juicio de su primogénito.

—¿Qué piensas tú, Pedro?

El doctor tenía los nervios tan excitados que estuvo á punto de contestar con un juramento, y dijo en tono seco en que vibraba la irritación:

—Yo soy del parecer de Juan. No me gusta más que la sencillez, que tratándose de gusto es como la rectitud cuando se trata de carácter.

Su madre replicó:

—Piensa que vivimos en un pueblo de comerciantes donde el buen gusto no es general.

Pedro contestó:

—¿Y qué importa? ¿es esa razón para imitar á los tontos? Si mis compatriotas son estúpidos ó malvados, ¿por qué he de imitar su ejemplo? Una mujer no ha de cometer una falta porque sus vecinas tengan amantes.

Juan se echó á reír.

—Tienes argumentos de comparación que parecen sacados de las máximas de un moralista.

Pedro no replicó. Su madre y su

hermano siguieron hablando de tapices y sillones.

Él los miraba como había mirado á su madre antes de marchar á Trouville, como un extraño que observa; y en efecto, creía haber entrado de repente en una familia desconocida.

Su padre, sobre todo... asombraba su mirada y su pensamiento. ¡Aquel hombre gordo, satisfecho y necio era su padre!... No, Juan no se le parecía en nada.

¡Su familia! Hacía dos días que una mano desconocida y malévola, la mano de un muerto, había deshecho y roto todos los lazos que unían entre sí á aquellos cuatro seres. Todo había concluído. Ya no tenía madre, porque no podía quererla, no pudiendo venerarla con ese respeto absoluto, tierno y piadoso que necesita el corazón de los hijos; no tenía hermano, porque éste era hijo de un extraño; no le quedaba más que su padre, aquel

hombre gordo á quien no amaba á pesar suyo.

—Di, mamá, ¿has encontrado ese retrato?—preguntó de repente.

La madre abrió los ojos sorprendida.

—¿Qué retrato?

—El de Marechal.

—No... es decir, sí... no lo he encontrado, pero creo saber dónde está.

—¿Quién?—preguntó Roland.

Pedro le dijo:

—Un retrato pequeño de Marechal que teníamos en la sala en París. He creído que Juan se alegraría de poseerlo.

—Sí, sí, me acuerdo perfectamente; lo vi la semana pasada. Tu madre, arreglando papeles, lo sacó de su *secretaire*. Era el jueves ó viernes. ¿Te acuerdas, Luisa? Yo iba á afeitarme cuando tú lo sacaste del cajón, con muchas cartas de las que quemaste la mitad. También es raro que encontra-

ras ese retrato dos ó tres días antes de recibir la noticia de la herencia de Juan. ¡Si yo creyera en presentimientos, diría que este era uno!

La mujer respondió con tranquilidad:

—Sí, sí, ya sé dónde está. Iré á buscarlo en seguida.

¡Luego había mentido! Había mentido contestando aquella misma mañana á su hijo, que le preguntaba por él: “No sé dónde está... Puede que lo tenga en mi *secretaire*.”

¡Y lo había visto, tocado y mirado, escondiéndolo luego en un cajón con varias cartas, sin duda suyas!

Pedro miraba á su madre, ¡que había mentido! La miraba con una cólera exasperada de hijo engañado, defraudado en su afeción sagrada, y con la ira celosa del hombre mucho tiempo ciego que descubre por fin una traición vergonzosa. Si hubiera sido el marido de aquella mujer, él, su hijo,

la hubiera cogido por los brazos, por los hombros ó por los cabellos, y la hubiese tirado al suelo golpeándola y aplastándola. Y no podía decir nada, ni hacer nada, ni revelar nada. Era su hijo; no tenía nada que vengar, á él no le había engañado.

Pero sí, le había engañado en su cariño, en su piadoso respeto. Ella se debía á él irreprochable, como se deben todas las madres á sus hijos. Si el furor de que estaba poseído llegaba casi hasta el odio, era porque la creía más criminal para con él que para con su mismo padre.

El amor del hombre y la mujer es un pacto voluntario, y el que falta no es culpable más que de perfidia; pero cuando la mujer se hace madre, su deber aumenta porque la naturaleza le ha confiado una raza. Si entonces sucumbe es cobarde, indigna é infame.

—En fin—dijo de repente Roland,

estirando las piernas debajo de la mesa, como hacía todos los días para beber su copa de cuasia,—no es malo vivir sin trabajar cuando se tiene para pasarlo. Supongo que Juan nos dará grandes comidas. Tanto peor si yo atrapo alguna indigestión.

Luego añadió, volviéndose á su mujer:

—Ya que has acabado de comer, ve á buscar ese retrato. Me alegraré de verlo.

La madre se levantó, tomó una bujía y salió. Después de una ausencia que pareció larga á Pedro, aunque no duró más de tres minutos, la señora de Roland volvió sonriente, llevando cogido por la anilla un cuadrito dorado de forma antigua.

—Aquí está; lo he encontrado en seguida.

El doctor tendió la mano el primero. Recibió el retrato, y estirando el brazo en toda su extensión, lo exa-

minó de lejos. Después, comprendiendo que su madre le miraba, levantó lentamente los ojos hacia su hermano para comparar, y le faltó poco para exclamar, movido por la violencia: “Se parece á Juan,„. Si no osó pronunciar estas terribles palabras, manifestó su pensamiento por el modo de comparar la figura viviente con la pintada.

Tenían seguramente puntos de contacto: la misma barba y la misma frente, pero nada bastante preciso para poder decir: “He aquí el padre, y he aquí el hijo,„. Era más bien un aire de familia, un parentesco de fisonomías que anima la misma sangre. Pero lo más decisivo para Pedro que la semejanza de los rostros fué que su madre se había levantado, y vuelta de espaldas fingía guardar con demasiada lentitud el azúcar y la copa de cuasia en un armario.

Había comprendido que él lo sabía

todo, ó por lo menos lo sospechaba.

—Dame eso—dijo Roland.

Pedro entregó la miniatura, y su padre acercó la bujía para verla bien.

—¡Pobre hombre!—murmuró.—
¡Pensar que era así cuando le conocimos! ¡Cómo corre el tiempo! Era un guapo mozo en aquella época y muy agradable, ¿no es verdad, Luisa?

Su mujer no contestó, y él prosiguió diciendo:

—¡Y qué carácter! Nunca le vi de mal humor. Todo ha concluido... Ya no queda nada... más que lo que ha dejado á Juan. En fin, se puede asegurar que ha sido un amigo fiel y constante. Ni aun al morir nos ha olvidado.

Juan, á su vez, cogió el retrato, lo miró algunos instantes y dijo:

—Yo aquí le desconozco. No recuerdo de él más sino que tenía el pelo blanco.

Y devolvió la miniatura á su ma-

dre. Ésta le dirigió una mirada rápida y casi temerosa.

—Este retrato ya es tuyo—dijo,—
puesto que eres su heredero. Lo llevaremos á tu nueva casa.

Y cuando entraron en la sala, puso la miniatura encima de la chimenea, al lado del reloj, donde estaba antes.

Roland cargaba su pipa, y Pedro y Juan encendieron sus cigarrillos. Los fumaban generalmente el uno paseando por la sala, y el otro sentado en un sillón con las piernas cruzadas. El padre se ponía siempre á caballo en una silla y escupía desde lejos sobre la chimenea.

La señora de Roland, en una silla baja, al lado de una mesita donde estaba la lámpara, bordaba, cosía ó hacía media.

Aquel día empezaba á bordar un tapiz destinado al cuarto de Juan. Era un trabajo difícil y complicado, cuyo comienzo exigía toda su aten-

ción. De vez en cuando levantaba los ojos con que contaba los puntos y dirigía una mirada furtiva al retrato del muerto, reclinado sobre el reloj. Y el doctor, que atravesaba la sala en cuatro ó cinco pasos, con las manos atrás y el cigarrillo en los labios, encontraba siempre la mirada de su madre.

Parecía que se espiaban, que se había declarado una lucha entre ellos, y un malestar doloroso, insoportable, crispaba el corazón de Pedro. Pensaba afligido, y al mismo tiempo satisfecho: "¿Cómo debe sufrir si comprende que yo he adivinado!". Y cada vez que se acercaba á la chimenea se detenía dos ó tres segundos para demostrar que le dominaba una idea fija. Y aquel retrato, más pequeño que la mano abierta, parecía una persona viva, mala, temible, introducida repentinamente en aquella casa y en aquella familia.

Súbitamente sonó la campanilla de la puerta de entrada.

La señora de Roland, siempre tan tranquila, experimentó un estremecimiento que reveló al doctor la agitación de sus nervios.

Luego dijo: "Debe ser la señora de Rosemilly". Y su mirada ansiosa se dirigió una vez más hacia la chimenea.

Pedro comprendió ó creyó comprender su terror y su angustia. La mirada de las mujeres es penetrante, su imaginación viva y su pensamiento suspicaz. Cuando la que iba á entrar viese aquella miniatura desconocida, al primer golpe de vista descubriría la semejanza entre la cara retratada y la de Juan. ¡Entonces lo sabría y lo comprendería todo! El doctor tuvo miedo, un miedo súbito y horrible de que aquella afrenta se descubriese, y volviéndose á tiempo que se abría la puerta, cogió la miniatura y la metió

debajo del reloj, sin que su padre y su hermano lo advirtieran.

Encontrando otra vez la mirada de su madre, le pareció cambiada, distraída y turbada.

—Buenas noches—dijo la señora de Rosemilly;—vengo á que me den ustedes una taza de té.

Y mientras todos la rodeaban preguntando por su salud, desapareció Pedro por la puerta entreabierta.

Cuando le echaron de menos todos se admiraron, y Juan, disgustado por la viuda á quien creía ofendida, murmuró:

—¡Qué oso!

—No hay que acusarle—dijo la madre.—Hoy está un poco malo y cansado de su expedición á Trouville.

—No importa—contestó Roland;—esa no es razón para irse como un salvaje.

La señora de Rosemilly quiso componerlo, diciendo:

—No, no, se ha marchado á la inglesa; en sociedad siempre se retiran los que se van temprano.

—Es posible—respondió Juan,—pero á la familia no se la trata á la inglesa, y mi hermano no hace otra cosa de algún tiempo á esta parte.